

LA RELIGIÓN DE LA NACIÓN

El nacionalismo tiende a implicar una nueva sacralización de lo profano, presupuesto para religiones sustitutorias o «cuasi religiones»: absolutización de la nación y de la etnia. Es una religión el nacionalismo en cuanto que conlleva una proclamadora autodefinición con un peligroso sentido de inmovilidad y esclerodermia. Que a estas alturas «de la película» los nacionalistas crean religiosamente en la mítica ecuación «cultura = pueblo» supone una falta de formación general tan comovedora que sólo puede ser explicable por una intensa fe religiosa. En efecto, la etnicidad es un proceso histórico que drásticamente se contraponen a cualquier sentido de perennidad, por cuanto varía no sólo en el espacio, sino también a lo largo del tiempo; por lo que en una imprescindible perspectiva histórica, no se puede hablar ni de etnias ni de pueblos *sensu stricto*, sino más bien de procesos de etnogénesis, concepto que supone un proceso evolutivo de los cambios culturales y que se traduce en la formación de unos grupos étnicos y la disolución de otros. Es por ello que Euskadi, Cataluña o Galicia no pasan de ser hoy ámbitos geográficos, y esto incluso de forma un tanto problemática. Quien quiera ver hoy en el gallego, lo vasco o lo catalán sub-stancias (*hypokeimenoí*) atemporales no habla con la razón sino con una fe religiosa. El substrato cultural de un «pueblo» y su perpetua transformación dialéctica debido a la aculturación producida por infinitas corrientes innovadoras causan la imposibilidad práctica de cualquier dogma nacionalista y de cualquier juicio moral o caracteriológico de la nación, y sitúan a todo nacionalista como integrante de una religión. Los fenómenos de interetnicidad y de hibridación cultural en las casi milenarias regiones de España son hechos tan portentosos y abrumadores que desde aquí desafío a que algún nacionalista muestre un hecho nacional incuestionablemente autóctono. Ni la misma cocina puede mostrar hechos monoeónicos.

La religión de la nación petrifica la sociedad con el álbi de un pretérito que jamás ha existido. Codeterminados por generaciones de muertos de diversas etnias, los nacionalistas fundan su fe en una paradisiaca autodeterminación que no sólo insulta a la historia, sino que su propia activación es imposible por química. Buen ejemplo de esta religión de la nación que es el nacionalismo lo encontramos en el caso vasco. El nacionalismo vasco nace de tres sacerdotes (los vizcaínos Pablo Pedro de Astarloa y Juan Antonio de Moguel, y el guipuzcoano Erro y Azpiroz), quienes exaltaron la antigüedad de las ocho lenguas vascas como las lenguas primitivas de la humanidad y madres del ibero, y reflejos de supuestas excelencias lingüísticas y morales; y, por otra parte, este nacionalismo también se fundamenta en la obra de un teósofo, el atrabillero José Agustín Chao, quien forjó la leyenda de Aitor, antepasado común de los vascos y emparentado con los pueblos indoiranios. Este Aitor, como divinidad fundante, tiene las mismas características míticas que el Túbal hispano, el Rómulo romano, el Guillermo Tell suizo o el Abraham semítico. Pues bien, contra esta barbarie que siempre será la religión de la



nación sólo podremos combatir con la blasfemia social por excelencia: una revolución jacobina. Efectivamente sólo la patria, adquisición moderna del jacobinismo a partir de la patris clásica, puede conjurar los peligros de las religiones nacionalistas, que siempre serán sectarias. Pues como ha escrito nuestro maestro Antonio García-Trevijano, «un gobierno nacionalista, cuando habla en nombre de la nación, se olvida de que la mayor parte de los ciudadanos no está dominada por ese sentimiento exaltado de la idea nacional». Pero la patria es la secularización democrática de la Nación —que no olvidemos que encarnaba el Rey—. La patria no es un accidente de la naturaleza material, ni una idea mística, sino un formidable hecho de la conciencia cívica. Y la mayor parte de las veces la forma nacionalista, en vez de realizar el ideal de pleno desarrollo material y moral simbolizado en el amor patrio, sofoca los impulsos más generosos y traiciona sus más legítimas aspiraciones. La plasmación del desenvolvimiento liberador de todas las energías de un pueblo lo llamamos patria; por eso Francia se convirtió en la patria del pueblo francés con la Revolución.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

LA AMENAZA AL PNV

Le llama a Juan Bravo un amigo del Norte para decirle que «los de LA RAZÓN ya no estáis solos en la información que disteis en exclusiva sobre las amenazas al PNV por parte de Eta». En efecto, al comunicante, buen observador de la realidad vasca, le había llamado la atención que esa información, que se limitaba a reproducir lo que decía el último documento de la banda titulado «Etarén Emimena» (La Iniciativa de Eta) no hubiera sido comentado, reproducido o investigado por otros medios de comunicación, como si se quisiera ir de puntillas sobre un asunto en el que las explicaciones dadas por los nacionalistas sobre sus idas, y no regresos, a la acera de los pistoleros,

quedaban definitivamente en entredicho y se resumían en una palabra: cobardía.

La información sobre las citadas amenazas, según el amigo norteño, aparece publicada, con el mismo texto que en LA RAZÓN (se trata de reproducir un documento de la banda) en el número de esta semana del más prestigioso confidencial que se edita en el País Vasco y cuya lectura no se limita al ámbito de esa Comunidad sino que está en la mesa de los despachos de los más importantes dirigentes políticos, empresariales y sociales. El confidencial aporta nuevos datos e interesantes reflexiones, pero como es un confidencial...

Juan BRAVO



ARMANDO LÓPEZ SALINAS



Hortelano, Juan Goytisolo, Manuel Llamana, Manuel Tuñón de Lara y Eugenio García de Nora, concedió el primer premio Ruedo Ibérico de novela, fallado en París, a la obra de López Salinas *Año tras año*. El autor ya había resultado fi-

nalista el año anterior del Premio Nadal con su novela *La mina*. Pero la obra premiada pudo publicarse en la editorial de José Martínez. Ahora, en el año 2000, casi cuarenta años más tarde, una editorial salmantina, Alcayuela, la ha rescatado del silencio. Mas otra censura impera en España, la de los mercaderes, las oligarquías políticas e informativas. Por eso pasa desapercibido. Ni sus propios compañeros, de vida o de partido, acudieron a escuchar las razones literarias y éticas de la obra. Ni los medios de comunicación dieron noticia de lo que debiera ser más que desagravio, justicia. ¡Pobre memoria histórica, miserable ralea literaria!

Año tras año es la crónica de un pueblo vencido que aspira a recobrar la dignidad. Se desarrolla en Madrid, desde los últimos días de la guerra hasta la llegada de los americanos, unos nuevos señores del fascismo español. Es una novela coral, sinfónica, que da voz a quienes fueron víctimas de la barbarie franquista. Les da voz en su vida cotidiana. En el trabajo. En el amor. En el hambre y las dificultades por encontrar una mínima intimidad para vivir. En la sombra presente, angustiosa de las cárceles, y el dolor resignado o de violenta repulsa de los familiares de las víctimas. Incluso en el desengaño de algunos de los que a los vencedores apoyaron, que comprenden la realidad económica y política que ocultaba aquella infame turba. Y les da voz en el hábito de las luchas, de la reorganización de las actividades que han de socavar el terror organizativo y policial del nuevo Régimen. Lucha difícil pero necesaria, imprescindible para encontrar algo de luz en el pozo de sombra en que España se sumerge. Porque la utopía no es sino la esperanza, como confluye la novela: «Joaquín quedó en silencio escuchando a la muchacha. Luego, también ésta calló. A través de la ventana abierta, desde abajo, desde la calle, llegaba el ruido de la vida».

Armando López Salinas, que junto a estas dos novelas publicó en colaboración con otros escritores tres libros de viajes y obtuvo el premio Acento de relatos, ha entregado su vida, su historia, cambiando la palabra escrita por la hablada, a la causa antifranquista, a su incorruptible pensamiento marxista. No se arrepiente de ello. Aunque de su sacrificio, y más del de los que dejaron la vida en las cárceles o los pelotones de ejecución combatiendo lo que no fue sino una barbarie, se lucraron otros.

Año tras año, novela testimonial, apasionada, lírica, cuadro que enseña más historia a los jóvenes que la leen que la ofrecida en los centros educativos. Memoria para quienes asesinan la memoria. Espejo en el que se refleja la miseria de nuestra vida política, cultural, y lo que todavía es peor, humana.

Andrés SOREL